

SENDERO

Medialuna

Jesús Carbone Hernández

Cristian Camilo Sastoque Rueda

ILUSTRACIONES





**Institución Universitaria
Politécnico Grancolombiano**

Calle 61 No. 7-66
Tel.: 7455555, Ext. 1516
Bogotá, Colombia

©Derechos reservados
Primera edición, junio de 2024

Sendero Medialuna

ISBN Impreso: 978-628-7662-22-3
ISBN digital: 978-628-7662-23-0

Autor

Jesús Carbono García

Ilustrador

Cristian Camilo Sastoque Rueda

Editoras académicas

Magda Zulena Trujillo Rodríguez
Victoria Eugenia Peters Rada

Equipo editorial

Director editorial

Eduardo Norman Acevedo

Analista de producción editorial

Guillermo A. González T.

Corrección de estilo

Leonor Delgado Vanegas

Carbono Hernández, Jesús.
Sendero Medialuna / Jesús Carbono Hernández; Cristian Camilo
Sastoque Rueda, ilustrador. – Bogotá D.C.: Editorial Politécnico
Grancolombiano., 2024.
32 p; il. col ; 20 x 20 cm.

ISBN: 978-628-7662-22-3
eISBN: 978-628-7662-23-0

1. literatura colombiana 2. Migrantes en la literatura 3. Aculturación
4. Ejercicio académico -- investigaciones 5. Cuentos cortos -- Libro
ilustrado I. Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano II. Tít.

SCDD 863. 7 Co-BoIUP

*Sistema Nacional de Bibliotecas - SISNAB
Institución Universitaria Politécnico Grancolombiano.*

¿Cómo citar este libro?

Peters Rada, V.E. y Trujillo Rodríguez, M.Z. (Eds.) (2024).
Sendero Medialuna. P. 32. Institución Universitaria Politécnico
Grancolombiano.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni
su incorporación a un sistema informático, ni su tratamiento en
cualquier forma o medio existentes o por existir, sin el permiso previo
y por escrito de la Editorial de la Institución Universitaria Politécnico
Grancolombiano. Para usos académicos y científicos, la Institución
Universitaria Politécnico Grancolombiano accede al licenciamiento
Creative Commons del contenido de la obra con: Atribución – No
comercial – Compartir igual.

El contenido de esta publicación se puede citar o reproducir con
propósitos académicos siempre y cuando se indique la fuente o
procedencia. Las opiniones expresadas son responsabilidad exclusiva
del autor(es) y no constituye una postura institucional al respecto.

La Editorial del Politécnico Grancolombiano pertenece a la
Asociación de Editoriales Universitarias de Colombia (ASEUC).

El proceso de Gestión editorial y visibilidad en las Publicaciones
del Politécnico Grancolombiano se encuentra CERTIFICADO bajo
los estándares de la norma ISO 9001: 2015, código de certificación
ICONTEC: SC-CER660310.

PRIMERA
parte

Pasaban los días y el tic tac del reloj se aceleraba, cada segundo marcaba un pesado y abrumador tiempo para Veruska y su familia.

En las épocas de sequía y pocas oportunidades, la joven Emilia, madre de Veruska, emprendió un largo viaje a Venezuela, un país que, en ese tiempo, era próspero y prometía ser un lugar de comienzos para muchos colombianos sin oportunidades. Con sus labores en tierras ajenas, ella ayudaba a sus padres enviándoles algo de dinero para que pudieran pagar sus innumerables deudas.



Con el pasar del tiempo, Emilia se enamoró de un joven caraqueño llamado Tobías, quien vivía a cuarenta metros de su casa, ahí, en Petare. El amor que tenían el uno hacia el otro los llevó a unirse rápidamente y a formar una familia de donde nacieron Veruska, Tomás y Federico.





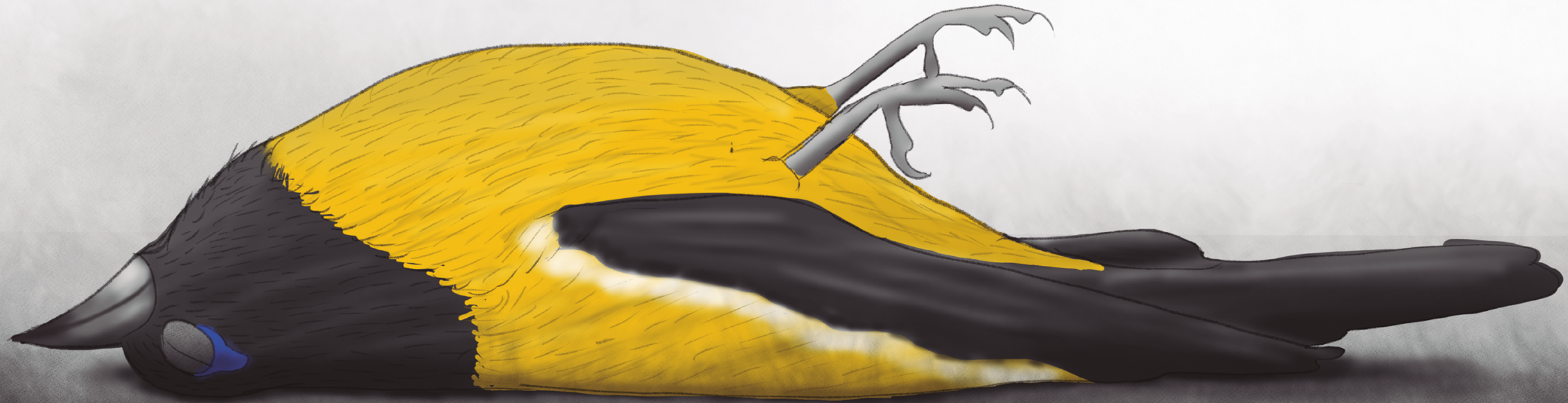
Hacia ya algunas décadas desde que Emilia había emigrado de su país, cuando el paisaje de la vida comenzó a ensombrecerse.

En una noche sola, oscura y vacía, donde se sentía la espesa brisa, los árboles movían sus ramas con violencia y rozaban el techo con fuerza, anunciando una fuerte lluvia.

El reloj y su tic tac marcaba la hora de la media noche, el momento inaudito estaba por llegar, los miembros de la familia estaban en la sala a la espera de Tobías. Al instante, se sintió un toque indeciso y suave en la puerta; todos, con incertidumbre se preguntaban quién podría ser: por supuesto, no era Tobías por cuanto él usaba las llaves de la casa. El segundo toque se hizo más fuerte, ninguna palabra era emitida al otro lado de la puerta; todos esperaban a que llamaran desde la calle, hasta que por fin se escuchó una voz que preguntaba si esta era la casa de Tobías.

Veruska vio que su madre casi colapsaba de los nervios, recobró el ánimo y se acercó para ver quién tocaba. Era un compañero de trabajo de Tobías que les traía una noticia amarga, que les conduciría hacia un rumbo nuevo, una nueva historia, un nuevo camino, una nueva etapa, una nueva vida.

Tras la muerte de Tobías, a causa de un paro cardíaco, la tristeza cubrió con un manto a la familia; todos pensaron que la ausencia de su esposo y padre era una pesadilla, pero, al darse cuenta de que era la realidad sintieron un vacío inmenso y también preocupación.



Los días pasaron y el duelo aún estaba fresco, como un aire denso que congelaba los huesos. A tamaña ausencia se sumaba la ausencia de dinero y la incertidumbre por un país que se venía abajo: el bolívar se devaluaba, la comida escaseaba y apenas había unas cuantas monedas para ir al colegio y comer algo.



Veruska sentía una honda tristeza. No quería volver a nacer en un país desconocido, lejos de sus amigas del barrio, con las que había jugado toda su infancia y con las que ahora hacía manillas para vender en la escuela y solventar algunos gastos en medio de la crisis. En cambio, sus hermanos estaban emocionados por la nueva vida, solo ellos pensaban en conocer a sus primos y tíos para jugar en la arena.



Llegó el momento de partir. No hubo sol ese día sobre la ciudad. Un tic tac retumbó en el hogar. Todos repasaron por última vez la casa vacía, habían vendido casi todas las pertenencias por un poco de dinero para el viaje a Colombia. Guardaron algunas cosas de valor en sus equipajes, dejaron trozos del pasado y solo llevaron consigo el ayer.

El viaje era extenso. Se trataba de cruzar todo el país para llegar al mar desde el mar. Muchos paisajes pasaron por los ojos de la familia: ciudades y poblaciones por las que nunca habían transitado.



SEGUNDA
parte

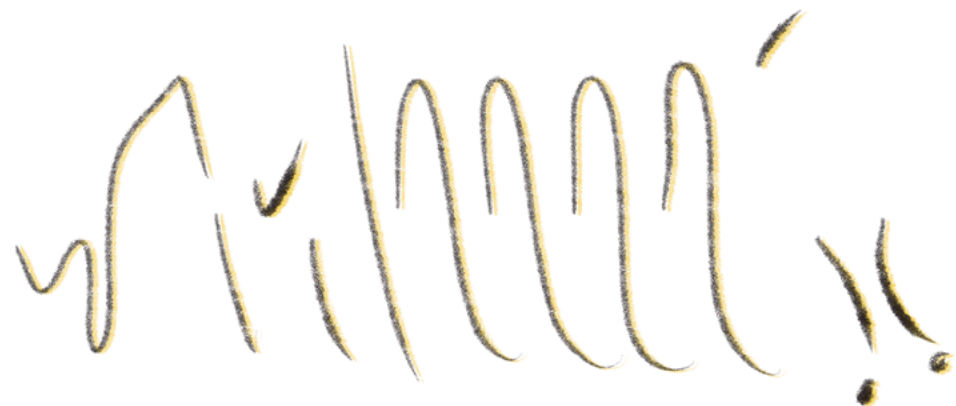


Por fin la familia llegó a la terminal de transporte de Santa Marta. Sin embargo, el viaje no terminaba allí, pues debían partir hacia el lugar donde nació Emilia, un poblado de altas temperaturas, arenas y grandes árboles. En el camino se escuchó un lamento:

—!Pure mía! !Pure mía!— ¿Cómo me abandonaste?

—Era Veruska, quien sollozaba por la ausencia de su padre. Los pasajeros entendieron que la familia era de Venezuela y les dieron voces de alientos, afirmando que el pueblo estaba cerca del lugar donde se encontraban, a pocos minutos de distancia.

Medialuna se llamaba el nuevo hogar de Veruska y su familia. El pueblo se alzó ante los ojos de la joven, después de una difícil travesía por una carretera larga y calurosa. En la antigua casa de Emilia se encontraban los abuelos, los tíos y los primos, toda la familia se reunió y conversaron sentados en el sardinel hasta altas horas de la noche.



Al día siguiente de su llegada, Veruska y sus hermanos querían ir al parque a pasarla chévere con sus primos, pero ellos no podían encontrar las cholas llamadas chancletas y, aunque decía que estaban en el bicho (o en cualquier parte), no las encontraron allí, sino en el tobo, un recipiente llamado valde en la zona, donde un día anterior las habían lavado.



Unos días después, Veruska decidió hacer las compras en la bodega como llaman a las tiendas en su país. Allí le dijo chamo al vendedor y empezó a pedir pachitas (botella pequeña), cambur (plátano) y papelón (panela), pero el hombre no le entendió nada por cuanto él nunca había ido a Venezuela. Con pena, Veruska exclamó

—¡Cónchale, pana!, entonces empezó a pedir con señas las cosas y dijo que no tenía mucho cobre (dinero) para comprar. Cuando regresó a su casa, les contó a sus hermanos lo sucedido, todos rieron un buen rato por la forma extraña en que hablaban los colombianos.

Pronto Veruska y sus hermanos tuvieron cupo para estudiar en el colegio del pueblo. Al llegar el día de clases, todos se dirigieron a su salón y fueron presentados ante sus compañeros. A Tomás y a Federico no les fue fácil, porque todos se burlaban de su forma de hablar y les gritaban “venecos” cada vez que querían participar de la clase.





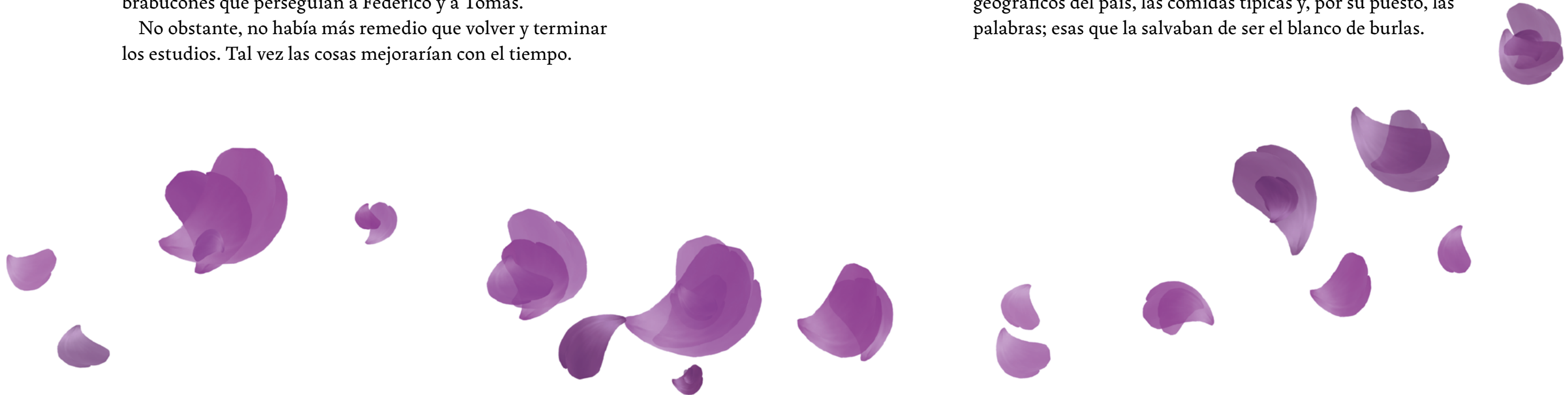
Lo días no mejoraron para el par de hermanos. Pronto, Emilia fue citada al colegio pues los compañeros de Tomás y Federico no paraban de decirles venecos y burlase de ellos armándose riñas por doquier. Cuando Veruska le preguntó lo sucedido a sus hermanos, ellos respondieron que habían quedado en medio de un zaperoco (desorden), porque los brabucones del curso les tiraron las gomas (zapatos) y todos terminaron en el ambulatorio (centro de salud) para curar las heridas. Veruska no pudo más que responder —¡Coño de madre! ¡Esa pelea fue grande, por Dios!

Al ver que sus hermanitos fueron llevados al centro de salud, a Veruska la recorrió un profundo cansancio; pronto todos se sintieron muy tristes y no quisieron volver más al colegio.

—¡Carajitos!, pensaba Veruska cuando recordaba a los brabucones que perseguían a Federico y a Tomás.

No obstante, no había más remedio que volver y terminar los estudios. Tal vez las cosas mejorarían con el tiempo.

Cada día, Veruska se enfrentaba con sus deberes como estudiante a un país que no le terminaba de gustar. Sin embargo, saber de Colombia y sus culturas le podría evitar inconvenientes con sus compañeros; por ello, estudiaba por horas la historia de Santa Marta, los principales puntos geográficos del país, las comidas típicas y, por su puesto, las palabras; esas que la salvaban de ser el blanco de burlas.



Los meses pasaron entre el trabajo duro de Emilia como aseadora en un jardín infantil, la vida del colegio y las tardes de helado en el parque del pueblo. Un día que caminada por las calles de Medialuna, Veruska escuchó la graciosa voz de una de sus compañeras de colegio que la saludaba “hola panita”; entonces sintió, por fin, que su situación y la de su familia podía mejorar en este nuevo lugar.

Y sí. La vida fue más tranquila para todos. Los aprendizajes nunca terminaron, al igual que la nostalgia por el padre y por su antigua vida en Petare.





Como el vuelo del turpial que traza
senderos entre cielos compartidos, y las raíces,
aunque arraigadas en su lugar de origen,
que encuentran nuevas tierras donde
expandirse, este libro refleja una travesía
de identidad, esperanza y pertenencia.